**EQUIPAJE LIGERO**

**Virginia Raquel Azcuy**

La cuaresma es el tiempo litúrgico del calendario cristiano que sirve de preparación espiritualidad a la fiesta de la Pascua. La palabra cuaresma (lat. quadragesima, cuarenta días desde el miércoles de ceniza hasta la víspera del domingo de resurrección) evoca la memoria de los cuarenta días que Jesús pasó, en ayuno y oración, en el desierto. Este tiempo también sintoniza con los 40 días del diluvio universal, los cuarenta años del camino del pueblo judío en el desierto y las cuarenta décadas que duró la esclavitud de los hebreos en Egipto. Por esta serie de resonancias simbólicas que acompañan el significado de la cuaresma, la Iglesia está llamada ella misma a entrar en el desierto, de manera personal y comunitaria.

¿Qué sentido espiritual va ligado a la marcha por el desierto? No es fácil resumir toda su riqueza, pero algunas claves pueden servir para expresar su valor: la oración, la penitencia, la conversión, el ayuno y el perdón. El desierto se ofrece a nuestra experiencia sobre todo como ámbito en el cual somos invitados/as a percibir nuestras tentaciones; la importancia de este discernimiento encuentra su explicación en que sin tentación no hay salvación. Esto quiere decir que Dios nos participa su salvación en la medida en que somos capaces de reconocer nuestra tentación y pedimos, como en el Padrenuestro, no caer en ella sino ser liberados del mal. En este primer domingo de Cuaresma, el evangelio nos invita a entrar en el desierto con Jesús, para compartir con él las tentaciones, hacerlas propias y lanzarnos a nuestro propio itinerario (cf. Lc 4,13).

El relato de las tentaciones de Jesús en el desierto es conocido por los evangelios sinópticos. En la narración de Lucas, esta escena se ubica entre el bautismo de Señor y su ministerio público, como un momento determinante en la preparación a su misión. La introducción nos da una pista importante para la comprensión del conjunto: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto” (Lc 4,1). Jesús lleno del Espíritu Santo hace referencia a él como enviado, depositario de una misión y el que fuera llevado por el Espíritu destaca quien conduce el movimiento en el desierto, que es lo mismo que decir las “mociones” o “movimientos interiores”. Las tentaciones en la vida espiritual buscan alejarnos de las mociones del Espíritu o Ruaj Santa de Dios, reconocerlas nos ayuda a visualizar nuestros puntos débiles y nos fortalece.

Veamos más de cerca las tentaciones padecidas y afrontadas por Jesús: la primera tentación se aprovecha de su hambre: “Si eres el Hijo de Dios -le propuso el diablo-, dile a esta piedra que se convierta en pan” (Lc 4,3). La tentación invita a ejercer el poder en favor de un proyecto propio, pero Jesús no sucumbe y responde: “Está escrito: No solo de pan vive el hombre [Dt 8,3]” (Lc 4,4). Jesús podía haber usado su poder para convertir la piedra en pan, pero no lo hace; ¿cuál es la forma de entender y ejercer el poder que tiene Jesús?, ¿cómo se comporta con respecto a las tramas de poder? La segunda tentación seduce con la riqueza: el diablo le mostró todos los reinos del mundo y le prometió la autoridad sobre ellos a cambio de ser adorado por Jesús, pero él renuncia a este culto idolátrico que le propone reemplazar a quien adorar. Jesús vuelve a citar un pasaje bíblico: “Adorarás al Señor tu Dios y sírvele solamente a él [Dt 6,13]” (Lc 4,8). Es importante darse cuenta que el plano de la respuesta se corresponde con el lugar de dios o absoluto que el diablo da a las riquezas; la adoración solo debe darse a Dios y no al ídolo. La tercera tentación, según el orden que propone Lucas, propone una crítica al prestigio por medio de una invitación a manifestar una acción gloriosa en lugar de otra propia de la cruz. Esta última tentación tiene lugar en el ámbito del templo de Jerusalén, lugar de destino del profeta, a la cual Jesús responde con un rechazo: “No tentarás al Señor, tu Dios [Dt 6,16]” (Lc 4,12).

En esta cuaresma podemos explorar nuestro espíritu y nuestras acciones, en busca de claridad sobre nuestras tentaciones, muchas veces agazapadas detrás de nobles propósitos y lógicas razones. ¿Qué llamados de conversión experimentamos?, ¿qué estilos de vida nos alejan del evangelio y cuáles nos acercan más a Jesús?, ¿qué reformas podemos alentar en la Iglesia, si nos atrevemos a reconocer sus propias tentaciones? Que la Ruaj que nos empuja hacia el desierto nos conceda salir de él con equipaje más ligero.

